

dor de referencia, el balance de esta aportación es altamente satisfactorio en razón de la calidad de la mayor parte de las colaboraciones consignadas. Cuerpo de tablas y gráficos, amplio apoyo de fuentes y actualizada bibliografía.

Juan B. Vilar

Universidad de Murcia

GARGALLO, Eduard; GILI, Alicia (coords.): *África en l' imaginari occidental. Els mites europeus sobre Àfrica*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia. 2006, 129 pp.

Se trata de una obra colectiva, fruto de las inquietudes de una serie de miembros del Centre d'Estudis Africans de Barcelona que intentan abordar las causas de por qué el continente africano se ha configurado como un El Dorado de las fantasías de Europa, la fuente fecunda de numerosos mitos y ensoñaciones. En este sentido, la historia de África es prácticamente estéril en ciertos terrenos –la revolución social, la industrialización, la publicidad, el consumo masivo– y en cambio es ubérrima en otros muchos campos tales como la natalidad infantil, la cadena evolutiva humana y no tan humana, la espiritualidad, la fauna y la flora, las artes creativas. La cadena de producción de leyendas africanas tiene orígenes antiquísimos: David Alcoy en «El Preste Joan, o el mite del Salvador salvat» ahonda en las de origen medieval, y también las mitologías de factura pretérita son objeto de investigación por parte de Guillermo Alonso Meneses en «Atlants, Berbers i Canaris. Mites del nord-oest d'Àfrica». Sin embargo, la mayor parte de trabajos de este libro se refieren a la contemporaneidad; así Albert Sánchez en «El secret d'Homer (Occident y els pigmeus)» se refiere al tratamiento que este pueblo primitivo recibe por parte de la ciencia y la literatura colonialistas a partir del viaje que el naturalista y geográfico norteamericano Du Chaillu realizara en 1855 a África y diera a conocer su existencia.

Eduard Gargallo («Qualsevol menys els africans: els orígens del Gran Zimbabwe i la ideologia colonial») aborda cómo los imperialistas no pudieron entender el que en medio del África llegase a existir un gran Imperio como el del Gran Zimbabwe, con sus complejos sistemas económicos, administrativos y sociales, centro aurífero de notable relevancia y dotado de un comercio, una metalurgia y una arquitectura avanzadas. Los colonialistas se negaron a creer en la posibilidad de que estas estructuras fuesen obra de las poblaciones africanas autóctonas del país y prefirieron crear la teoría alternativa de que antiguos pueblos árabes o en todo caso de origen semítico fueron los creadores o arquitectos de tal emporio. Alfred Bosch («Shaka Zulu per a tots els gustos») se centra en la persona del monarca africano, padre de la nación zulú, que sentó las bases de un imperio en el sur de África, abocado al enfrentamiento a partir de 1879 con una de las más poderosas maquinarias bélicas de la Historia: el ejército británico de la época victoriana. La Historia colonialista nos ha presentado a Shaka como un verdadero

monstruo, un tirano sangriento, gobernante despótico para su nación, genocida para los pueblos enemigos, capaz de las más terribles crueldades. Pero hay que tener en cuenta que esta Historia fue escrita por sus adversarios, los ingleses. En realidad, Shaka puede ser comparado con los más grandes guerreros del mundo greco-romano. No era un hábil estratega, sino un táctico, es decir su mérito no estribaba en concebir guerras –aunque ganó todas las que hizo– sino en crear un aparato militar que permitiera hacer la guerra victoriosamente. De hecho, Shaka fue el organizador de la potencia militar zulú –la que acabaría aplastando a los británicos en Isandhlwana–, una potencia que no tuvo rival en el África negra y que en el siglo XIII se habría podido medir con cualquier ejército europeo.

J. Daniel Simeón Riera («L´explorador africanista o el mite de l´ heroí») en un trabajo seco, escueto y denso no se limita a repasar el genocidio físico y cultural que exploradores, viajeros, militares colonialistas realizaron en las poblaciones nativas del África decimonónica: ahonda en las causas psicológicas de este genocidio y reflexiona sobre cómo estos aventureros –hijos de la Europa burguesa, industrializada y racionalista– que se creían los amos del mundo, de sus instintos y de sus pasiones, y se tenían a sí mismos por héroes, no fueron más que las víctimas de una «civilización» –la occidental– perturbada por el choque con un «continente salvaje» que tomó en ellos cruel venganza. Cuando el calor y la humedad, la selva y el desierto, la soledad y el hambre, el silencio y la desesperación y sobre todo «la absoluta libertad» –la falta de cortapisas, de convenciones sociales– en la inmensa África se abatieron sobre aquellos hombres, su fachada civilizadora se fundió como la nieve bajo el sol: fue el fracaso del héroe solar, de la civilización burguesa, dando paso a un exterminio dantesco. Joan Manuel Cabezas López («Els blancs de pell negra») estudia como desde prismas eurocentristas y racistas, la antropología colonialista pergeñó la teoría de que las civilizaciones de África fueron obra de camitas, es decir caucasianos, europeos negros, o blancos de piel oscura, pueblos de tradición pastoril europea que en épocas pasadas llegaron a las tierras africanas en sucesivas oleadas, más ingeniosos y mejor armados que los agricultores negros a los que se impusieron. Cualquier componente civilizador en las culturas africanas era consecuencia del contacto entre los camitas –cuya influencia llega a los altamente civilizados egipcios, o a los actuales somalíes o los wólofs del Senegal– y los negros «autóctonos». La metalurgia, las instituciones complejas, la irrigación e incluso hasta la organización social en grupos de edad, fueron introducidas entre las masas negras por obra y gracia de los camitas.

Alicia Gili («Imatges en blanc i negre») se centra en como el cine ha prestado una apariencia cierta a los sueños más delirantes de los teóricos del colonialismo. Desde la aparición del séptimo arte, el continente africano ha sido objeto reiterado de la plasmación de estas ensoñaciones imperialistas. Así mientras películas como *Hatarij* (Howard Hawks, 1961) o *Las nieves del Kilimanjaro* (Henry King) –una más que notable adaptación del cuento largo de Ernest Hemingway– nos muestran un África diferente, donde lo africano es invisible porque se obvia (el marco geográfico es una referencia sólo de las experiencias vivenciales o existenciales de los protagonistas), otras como la serie sobre Tarzán o *Las minas del rey Salomón* (Compton Bennett, 1950) desarrollan

una mirada inventada sobre África, que ayuda a justificar la conquista, el dominio, el expolio a partir de los mitos colonialistas y el darwinismo social. Los africanos aparecen como violentos, en guerra perpetua, cobardes, supersticiosos, fetichistas e incluso con tendencias antropófagas, sin estructuras sociales, políticas y económicas definidas, es decir el territorio africano aparece como un vacío que Europa ha de rellenar, entrando en el continente a dominar, administrar y civilizar, salvando a los africanos de su decadencia innata y multiseccular. Los cazadores o exploradores europeos en estos filmes representan el mito de la raza y cultura blanca, racional, fuerte, ágil, erudita, valiente, temeraria, regeneradora, superior intelectual y físicamente. Todo esto cambia a finales de la década de 1980 con una película atípica en el seno del cine norteamericano, *Las montañas de la Luna* (Bob Rafelson, 1989-1990),¹ una saludable y humilde revisión de las raíces del cine aventurero en torno al teniente Speke y el capitán Richard Burton y sus expediciones en torno a las míticas «montañas de la Luna», nombre dado por los indígenas al lugar de donde fluyen las aguas del Nilo, que les llevará a descubrir el lago Victoria. En esta película el África real decimonónica es visible: no es el África inventada, es el África donde Burton respeta y arma la alteridad²: Bob Rafelson se niega rotundamente a cualquier tipo de estridencia formal y fatua espectacularidad y lleva a cabo un acercamiento natural a las raíces casi míticas del destino de los personajes sin negar por ello su cercana normalidad, y una utilización ante todo dramática del espacio físico que cruzan los protagonistas, rehuendo la típica imaginería de postal y, también, la noción más convencional de los elementos documentales incrustados en una narración de ficción.

La obra, que completan otros dos estudios de Antoni Castel y de Albert Sánchez, se revela como modélica, imprescindible para la consulta de todos los estudiosos del fenómeno colonialista, tanto por los datos que ha sacado a la luz como por la relectura que desde ópticas sumamente singulares brinda de la evolución del continente africano en el controvertido contexto del colonialismo.

Francisco Manuel Pastor Garrigues

Investigador. Valencia

1 Otras películas que han contribuido al giro en el tratamiento de África son la excelente *Memorias de África* (Sydney Pollack, 1986) sobre el personaje de Karen Blixen y *Cobra Verde* (Werner Herzog, 1987).

2 El mismo Richard Burton se plantea, se discute y se niega tanto el honor de considerarse el descubridor de África como el que los blancos sean superiores a los habitantes del continente : « (...) durante centenares, quizás miles de años, los africanos han pescado en este lago (se refiere al Victoria), aquí han lavado su ropa, aquí han orinado, ¿cómo se atreve un blanco a decir que lo ha descubierto, los africanos fueron sus descubridores!